

# Presentación

## 25 años del Informe MacBride

### Un diagnóstico audaz y controvertido sobre la comunicación

Este número de *Quaderns del CAC* tiene un carácter conmemorativo. Desde el salto de los setenta a los ochenta ha transcurrido un cuarto de siglo, el aliento de una generación. Ello proporciona una buena ocasión para el recuerdo y balance de quienes siguieron de cerca todo el trayecto. Y una ocasión también para el descubrimiento de las raíces o de los trasfondos de muchas perspectivas que surgen, recientes, entre los más jóvenes. Celebramos, pues, el Informe MacBride como un hito importante que merece ser evocado y, en buena medida, reevaluado. No tanto para cerrar un selecto puñado de debates fundamentales como para mantenerlos abiertos. Abiertos en su configuración presente y a través de sus actuales retos e interrogantes. Pensando en los problemas de la comunicación tal y como eran percibidos hace 25 años, pero apuntando hacia el nuevo panorama que componen los problemas de la comunicación de hoy.

Recurriré, pues, a la memoria y, en cierto modo, a la reivindicación y al homenaje, a propósito de un trabajo ambicioso, estimulante y enriquecedor, que suscitó debates transcendentales y pronunciamientos contrapuestos. Un trabajo que se convirtió inmediatamente en punto de referencia y que después, a menudo y por parte de muchos, fue sucesivamente criticado, silenciado y orillado.

Hoy sabemos que el complejo espacio de la comunicación ha sido decisivo en la conformación de todas las sociedades, pero la toma de conciencia acerca de su centralidad ha sido bastante reciente. Es en nuestra época de omnipresente opulencia de los medios y las industrias de la comunicación cuando se han tejido teorías e interpretaciones que usan el campo de la comunicación como fuente de metáforas y de denominaciones que aspiran a dar cuenta de la naturaleza profunda de los nuevos modelos de sociedad. Hablamos de lo que es mediático y de lo que no lo es; de la reducción de la política a la comunicación pública; de la sociedad de la información; de la información y la comunicación como claves de la productividad de una determinada economía, o del desplazamiento de la religión por las industrias de lo audiovisual como fuente de valores. Tras estas etiquetas, estos indicativos y estos nuevos lugares comunes, encontramos tradiciones que se remontan más allá de las reflexiones de la Mass Communication Research o de la Escuela de Frankfurt, de sus postulados, jergas y métodos, de sus atlas y cartografías pretendiendo ordenar el panorama de la comunicación.

El Informe MacBride aparece como el más ambicioso intento de síntesis de su tiempo para abordar los grandes retos que presentaba, a una escala mundial, el proceso de concentración empresarial de los medios y las industrias editoriales y audiovisuales; la adopción de las nuevas tecnologías e infraestructuras de la comunicación, y el control de la generación de los flujos informativos y los contenidos culturales. Un intento que puso el acento en la necesidad de corregir la desigualdad y los desequilibrios en términos de comunicación, información y cultura, entre un mundo rico e influyente y un mundo pobre y progresivamente irrelevante. Proclamando que la libertad de información -de emisión y de recepción- no podía reducirse a la libertad del mercado informativo y haciendo necesarios y exigibles el pluralismo y la diversidad. Afirmando el derecho de todas las comunidades y culturas a proyectar su propia voz en un *“nuevo orden” (Un solo mundo, voces múltiples)*.

Auspiciado por la Unesco, el Informe fue concebido como un “esfuerzo de reflexión colectiva” para enfrentarse a las “fuerzas de la inercia”. Con este objetivo expreso, formulado por el entonces Director General Amadou-Mahtar M'Bow:

*“...con el establecimiento de un nuevo orden mundial de la comunicación, cada pueblo debe poder aprender de los demás, informándose al mismo tiempo de cómo concibe su propia condición, y de la visión que tiene de los asuntos mundiales. Cuando ello se logre, la humanidad habrá dado un paso decisivo hacia la libertad, la democracia y la solidaridad”.*

Algunos enfoques y planteamientos del Informe MacBride mantienen su vigencia a principios del siglo XXI. Han cambiado los ecosistemas de comunicación, su superficie y sus capacidades, pero no han sido substancialmente alteradas las bases de la discriminación en el espacio de lo informativo, lo cultural y lo simbólico. Justamente cuando, en un grado mayor que nunca antes, la dominación económica y la dominación política parecen asentarse en aquella otra dominación construida sobre el acceso desigual a las fuentes del conocimiento.

El Consell de l'Audiovisual de Catalunya, en el desarrollo de su labor como autoridad reguladora, ha adoptado los ejes de la defensa radical del pluralismo y de la diversidad como normas inspiradoras de su actuación. Por ello, y especialmente tras el Diálogo organizado en Barcelona en junio de 2004 sobre Regulación y Diversidad Cultural, trabaja en estos momentos en la vertebración de una Red Mundial de Autoridades de Regulación Audiovisual (Broadcasting Regulation & Cultural Diversity o BRCD). Esta red tiene como misión el impulso de la diversidad cultural en el sector audiovisual desde los organismos de regulación, siendo como son un elemento clave en el impulso de las políticas públicas respecto a la comunicación.

El proceso de globalización no genera automáticamente una nueva cultura global, pero comporta graves riesgos de homogeneización y desplazamiento de los patrimonios culturales y comunicativos menos poderosos. Los referentes compartidos que provienen del núcleo hegemónico de las industrias de la cultura y la comunicación abastecen ya no sólo a la elite cosmopolita que participa de la nueva cultura metropolitana global, sino también a grupos locales en situación de riesgo de perder el vínculo culto con sus entornos sociales y culturales de procedencia.

Bien es cierto que aquellos referentes comunes pueden representar una oportunidad para evitar el aislamiento y obtener interconexión. Una oportunidad para acceder a lo nuevo y distinto, y para incorporarlo a los procesos de interpretación y de apropiación, de construcción de sentido y de recreación de su particular tradición. Porque la pluralidad y la especificidad en comunicación y cultura tienen tanto que ver con lo que se mira y se dice, como con la manera de mirarlo y decirlo. Y porque lo relevante y sustantivo en cultura y comunicación no es únicamente el momento de la creación y la producción, sino también el del consumo, es decir el de la recepción y, a menudo, la participación multitudinaria.

Sin embargo, la capacidad local de producción de contenidos y, por consiguiente, la oportunidad de disponer de unas industrias y unas políticas locales aparece, hoy como hace 25 años, como la pieza fundamental de cualquier política real de defensa de la diversidad. El informe indicaba entre sus primeros párrafos que "sin unos cambios estructurales fundamentales, la mayoría de la humanidad no podrá aprovechar los progresos de la tecnología y la comunicación". Ahora sabemos que las culturas de dimensión reducida o mediana solamente podrán renovarse desde su propia singularidad, y proyectarse hacia el futuro y hacia el exterior, en condiciones de viabilidad, si disponen de industrias de la comunicación y la cultura capaces de permitir la incorporación diferenciada al cambio tecnológico y la mundialización. Y si disponen de las políticas adecuadas para intervenir en la modulación de los modos de dicha incorporación.

Es en este marco en el que cabe plantearse cual es la nueva agenda de los problemas de la comunicación y la información. El valor de actualidad del Informe MacBride y de sus análisis y sugerencias reside en su capacidad para proporcionarnos una perspectiva histórica suficiente como para abordar el presente. ¿Contribuye el ejercicio de recordarlo a disponer de un contexto dinámico de interpretación en el que inscribir nuestros actuales problemas, nuestra agenda inmediata? *Quaderns del CAC* así lo ha considerado. Y para proponer su propio balance ha recurrido a la inteligencia y la capacidad del Institut de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona (InCom-UAB) que dirige Miquel de Moragas. El CAC agradece el empeño y la competencia con que el InCom-UAB ha asumido la tarea de coordinar y elaborar este número, contando con el apoyo del muy cualificado

conjunto de contribuciones que contienen estas páginas.

La agenda de los grandes temas que atraviesan el debate actual sobre la comunicación se establece en pleno contraste: una parte del mundo se halla en tránsito a la sociedad del conocimiento, mientras la otra parte se mantiene sumida en el combate elemental contra la miseria. Desde esta perspectiva, el núcleo del Informe MacBride mantiene su interés, y algunos de los riesgos detectados en él no han hecho en realidad sino agravarse y agrandarse, dando mayor relieve aún a las advertencias expuestas.

Las reflexiones sobre la esfera de la comunicación y sobre la construcción de estrategias para la toma de decisiones en este campo comprenden hoy un amplio abanico de cuestiones. Algunas son de orden teórico y metodológico, tales como la propia validez de los paradigmas de referencia, heredados del análisis de la comunicación de masas. Otras atañen a las políticas de comunicación, como el despliegue de las grandes infraestructuras de la telecomunicación y la democratización efectiva de las condiciones de acceso. Algunas más remiten a la cuestión de la aceleración y la ampliación de los procesos de concentración y centralización de las grandes agencias, los grandes medios y las principales redes de generación, selección y distribución de información y conocimiento. Y aún otras, por el contrario, atienden a las tal vez paradójicas posibilidades que ofrecen algunas de las nuevas tecnologías de la información para el desarrollo de otras redes, de configuración abierta y horizontal.

El catálogo de temas fundamentales debe referirse inevitablemente a las dificultades con las que se topan algunos países o comunidades para poder planificar y ejecutar políticas locales específicas, que permitan el despliegue de industrias también locales de la comunicación y la cultura, de modo que lo local plural y diverso pueda estar presente en los escenarios globales sin tener que diluirse necesariamente en ellos. Debe referirse, en un sentido parecido, al encadenamiento acumulativo de las formas de dependencia en cuanto a tecnología y a *software*; en cuanto a los lenguajes y a los estándares; a los géneros; a los formatos; a los derechos de autor y a su control. Y también, por supuesto, a la subordinación de las redes de comercialización y distribución, al control sobre los mercados y sobre las rutinas de recepción y de consumo. Todo ello en contextos que traducen las dificultades de la mayoría de culturas para mantener la capacidad de producir, reproducir y recrear algo de lo propio, frente a la demanda creciente de sus comunidades para consumir y recibir más de casi todo, especialmente de lo metropolitano promocionado, lo hegemónico, lo vinculado a las plataformas predominantes.

La agenda incorpora además la crítica a los discursos actuales sobre el *libre flujo de la información* y sobre la consideración de los productos de la comunicación y la cultura como simples mercancías, sujetas a los criterios fundamentales de la doctrina de la liberalización. Asimismo, reúne las diversas propuestas acerca de la viabilidad de las estrategias de intervención por la vía de la *especificidad* o la *excepción cultural*. O bien, para acabar con los ejemplos, podemos destacar la atención a un elemento tan fundamental como la naturaleza y la delimitación de la misión del servicio público en el ámbito de la comunicación y el conocimiento, y de su papel (su función, sus objetivos) ante el mercado, en los diversos modelos de sociedad.

La agenda de hoy, como la de ayer, está en permanente reconstrucción, atendiendo a problemas viejos que permanecen, y a problemas nuevos que hunden sus raíces en el pasado. Tal vez el recuerdo y la revisión crítica del gran esfuerzo que supuso hace una generación el Informe MacBride nos pueda resultar estimulante y nos ayude a calibrar la ambición y las energías que deberemos incorporar a nuestras actuaciones y a nuestras respuestas, si las queremos a la altura de los problemas a los que nos enfrentamos.

Joan Manuel Tresserras  
Editor de *Quaderns del CAC*